

**La piel que te hice
en el aire**

Rafael Marín

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Cecilia Belchí Arévalo, presidenta; Concha López Díaz, Pura Azorín Zafrilla, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

© Rafael Marín

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Diseño colección: Victoria Carpena. .

Imprime: Yecla-Grafic, s. l.

I.S.B.N: 84-922411-6-0.

Dep. Legal: MU-I04-2001.

No es el amor quien muere,
somos nosotros mismos.

Luis Cernuda

A don José Unzueta, que me enseñó aquel cuaderno.
A Antonio Romero, que creó al Raúl que yo he robado.
A Costus.

Entonces iba a ser verdad que nadie debería volver a los lugares donde antes ha sido joven y distinto. Él no necesitaba más reválidas, ni opositar contra recuerdos que yacían olvidados en aquel montón de horas dispersas que habían sido su vida, un desorden de secuencias a las que, de cualquier manera, no sería capaz de sacar ningún sentido. Pero aquí estaba, casi veinticinco años después, aunque solo, sin la mitad del alma o sin la sombra, convertido en un reflejo turbio entre los pasillos y las puertas del colegio. Enrique Costas no tenía ya conciencia de qué lágrimas derramó, si llegó a hacerlo, cuando entró por este portón oscuro la primera vez, para manchar de mocos la « paciencia de la niñera y agarrarse como un poseso a la pelota que le ofreció una maestra rubia cuyo nombre, también, había olvidado, pero acercarse cada amanecer al edificio blanco le hacía experimentar una inquietud que veía pareja en los párvulos que al comienzo del curso se resistían como él a renunciar a una identidad natural que poco a poco iban a tener que ir lapidando. Era posible que Julián hubiera llorado igual que él lloró en su momento, porque infancia, juegos, lápices y témperas habían sido pronto una sola cosa para ambos, un raudo borrón color pastel que se había desgastado con el paso del tiempo, una amalgama de situaciones que amenazaba con regresar a traición el día menos pensado, golpeando por la espalda. Quizá por eso los relojes eran redondos, porque tarde o temprano la manecilla grande, o la manecilla chica, para el caso, acaban por girar del todo y marcar de nuevo el mismo punto. Julián había sido más

listo, a lo mejor, y aprendió que rompiendo el cristal se detenía la maquinaria entre un instante y su relevo.

Aquí estaba Enrique otra vez, convertido en una sombra sin sombra, un almacén vaciado de remordimientos, los ojos azules espantados de pura desazón y las manos tiritando, No iba a ser tan malo como esperaba, se lo había¹¹ dicho los médicos, Y era un trabajo tan bueno como cualquier otro. Económicamente a Enrique no le hacía falta, era verdad, pero todos habían coincidido en que lo necesitaba: los doctores, los psiquiatras, la familia, Y aunque hacía ya siete meses que soportaba el tedio de repetir cada día los mismos movimientos milimétricos que el día anterior, todavía sentía una nube de mariposas envenenadas cada vez que abría la puerta de la clase Y contemplaba aquel mar de zapatillas Nike v chándales de diseño, de orejas con aretes y ombligos con piercing o tatuajes de quita y pon. Una vez, al principio, después de esperar doce minutos a que los chavales volvieran de una clase de educación física, tuvo que dejar a los alumnos solos y correr al lavabo a vomitar, porque el olor del jabón de las duchas y el exceso de agua de colonia que los adolescentes traían consigo le recordaban aquello que tanto había luchado por esconderse a sí mismo, y después, cuando reemprendió la clase de dibujo, ni siquiera pudo localizar qué era eso que había espoleado de tal manera su miedo.

Todavía se sorprendía del tamaño que tenía todo, Cuando era niño, las clases, los pasillos, el patio mismo donde ahora hacía guardias solitarias le habían parecido enormes, como infinitas eran las horas del aburrimiento escolar, como breve era el sabor de los momentos de descanso. Debe ser que la percepción del tiempo va además asimilada al tamaño, que al crecer en edad y estatura piensa uno que todo crece del mismo modo, pero no es cierto. Las clases eran diminutas, los pupitres ridículos, los pasillos cortos, el patio limitado, apenas doscientos treinta y siete pasos por setecientos cuarenta y ocho, si no iba rápido. Tan sólo la pizarra era más larga, verde ahora

había descubierto pronto, se hacía a este otro lado de la mesa mucho más tensa que desde el parapeto compartido del pupitre. Enrique ignoraba si estaba aquí siguiendo alguna especie de terapia de choque, pues unas veces pensaba que era demasiada casualidad que lo hubieran devuelto a la vida en el mismo colegio donde había estudiado desde niño, y otras comprendía que los contactos de la familia y su buen nombre habían hecho posible que estuviera aquí, en un entorno controlado, con alumnos escogidos, en vez de en el instituto del otro lado de la calle, donde en ocasiones atisbaba escenas impensables, risotadas carcelarias, ambientes más hirsutos contra los que no sabría enfrentarse. Con todo, si de una terapia se trataba, habían pretendido que fuera suave: apenas ocho horas de clase a la semana, contra las veinticinco o veinticuatro de los demás profesores del colegio, y el resto de ellas complementadas como secretario a tiempo parcial, sustituyendo así el contacto con los alumnos por la compulsión de su paso burocrático por estas aulas.

No era mal trabajo, le decían todos, y él asentía y callaba, porque no tenía medio de saberlo. Ya había estado aquí, hacía tanto tiempo que ni se había entretenido en llevar la cuenta, y había recorrido estos pasillos y avanzado de clase en clase y de planta en planta hasta que terminó el Bachillerato y pasó a Bellas Artes y después a otros mundos. En teoría, regresar al centro sería como volver a casa, a un entorno familiar y ya explorado, donde no encontraría muchos elementos disonantes y tendría siempre, al menos, la compañía cercana de padres y hermanas. Pero aunque el colegio no había cambiado, clavado como un galeón varado de espaldas al mar, acechante de los cambios que poco a poco iban labrando una nueva avenida, el paso del tiempo había corrido por las generaciones de alumnos, desfigurando cualquier parecido propio que Enrique hubiera querido bucear en sus recuerdos, y el claustro de profesores era ahora una marejada de rostros jóvenes y rostros veteranos, hombres

y mujeres que sobrellevaban como mejor podían el cansancio que el mismo Enrique experimentaba, tiñendo de humor y desesperación el amontonamiento de las horas, la falta de incentivos laborales, la frustración de que el equipo del Cádiz no fuera a remontar la temporada, que las quinielas en común jamás superaran los nueve aciertos, que el sueldo no llegara ni por arte de magia a fin de mes o que algún alumno cabrón se escapara de rositas de cualquier sanción que pretendiera poner las cosas en su sitio. Los compañeros de Enrique estaban tan maniatados en su rutina como lo estaba él, pero no tenían como Enrique la necesidad de construirse poco a poco una personalidad que fuera estable. Y además los conocía muy poco. Si los doctores, los psiquiatras o la familia, al traerlo aquí, habían pretendido que estuviera protegido por aquellos que lo trataron y lo cuidaron en otro tiempo, no habían contado con que el colegio había abierto sus puertas al progreso, que los años también le habían ido comiendo personalidad, pues de los sacerdotes, hermanos y seglares que habían ayudado a educar a Enrique en otro tiempo no quedaba ni uno en activo. Enrique pensaba que le habían colocado en el pecho una placa de sheriff y lo habían dejado solo en un poblado salvaje, sin la presencia a su vera de un pistolero veterano que le indicara cuándo y dónde debía desenfundar el revólver y resolver las situaciones con palabras o con tiros.

La soledad, de todas formas, no era un problema. Ya sabía que de un modo u otro iba a pasar el resto de su vida solo. Y por eso los contactos con los demás profesores eran escasos, cordiales siempre, pero ínfimos, como no fuera un cruzarse entre clase y clase por unos pasillos que apestaban a humo aunque estuviese prohibido el tabaco en todo el centro, compartir un desayuno apresurado o facilitar alguna fotocopia o el acceso a algún impreso que, por su situación de secretario, debía de tener siempre a mano. Los demás profesores tenían .que conocer su historia, estaba seguro, pero ninguno había hecho jamás mención alguna a sus quince segundos de fama inmere-

cida, corriendo un velo de respeto que hasta era fácil confundir con la apatía. Enrique lo agradecía, ciertamente. Cualquiera cosa antes de tener que mirar por encima del hombro el reguero de lienzos destrozados y tubos de pintura que se le antojarían sangre, los fragmentos de un pasado que todos habían pretendido arrancarle y hasta lo habían conseguido, no por destruirlo, no por anularlo, sino precisamente por todo lo contrario, para que su paso por la vida, para que sus recuerdos ya no le hicieran ningún daño. Los otros profesores no hicieron nunca comentario alguno sobre su estado anímico, ni sobre el temblor de manos que lo atacaba de vez en cuando, pero una ocasión un alumno envalentonado, un chulillo lenguaraz y burlón, de esos que al final acaban trabajando detrás de una barra como camarero, le espetó delante de toda la clase si de verdad que era maricón, y Enrique se le quedó mirando sin saber qué decir, sin poder negar nada pero sin afirmar nada tampoco, porque en cualquier caso ya no podía afirmarlo, aunque lo hubiera sido, si hasta el amaneramiento le habían legrado, y todos creían que estaba curado de todo rastro de espantos, incluso él mismo. Enrique luchó por no ponerse colorado, y apenas pudo balbucear una respuesta cortante, no sabía que yo te gustara tanto, que acabó por provocar una nueva risa común en los pupitres y rebotó el rubor a la cara despiadada de aquel adolescente.

De la escuela de su infancia sólo quedaba el sitio, el olor a sudor acre que tienen siempre los colegios, las sucesivas capas de pintura chillona en las paredes y el rastro marcado de incontables filas de alumnos contra el mármol de los escalones, la erosión de un río de zapatos gorila que había subido y bajado en correcta formación, las manitas a la espalda, seis veces diarias durante muchos, muchos años. También quedaban, sobre las paredes a oscuras de la galería de la planta baja, contra el resplandor blanco de los otros pisos, las orlas de rostros ovalados y peinados pasados de moda, templos kitsch erigidos a la mayor gloria del correr del tiempo, una sala de trofeos silenciosos

que., lo sabía porque él mismo lo había hecho cuando no estuvo retratado en un óvalo en blanco y negro, servía de motivo de diversión a los alumnos curiosos de este ahora. Enrique nunca miraba las orlas, como si temiera que los ojos petrificados de las sucesivas generaciones de educandos lo acusaran, o fueran a llamarlo, a recordarle cosas que no quería recordar, para no dolerse. También Julián estaba allí, en su misma orla, sonriendo a su lado. Por eso no quería mirarlo.

Del tiempo perdido en que fue alumno del colegio descubrió que sólo quedaba, para su sorpresa, el padre Echeverría, arrugado e inmortal como el pariente cercano de un superhéroe, cargado de cicatrices de cientos de operaciones a vida o muerte y con las mejillas rubicundas y el bigotillo blanco que le daban aspecto, más que de cura, de bon vivant francés de entre guerras. Se lo encontró una mañana en el ascensor, un viejecito lento y abrigado de panas, tocado por una gorrita verde oscuro con la que había sustituido la boina negra de otros años. Enrique llevaba ya casi cinco meses trabajando en el centro y ni siquiera había preguntado por el viejo profesor de francés, porque había asumido que estaría ya muerto, pero no era un fantasma lo que salía del ascensor, sino un anciano respetable y muy vivo que acudía a decir su misa de cada mañana, la actividad que lo mantenía aferrado a este mundo ahora que hacía más de doce años que no tenía clases donde impartir su clase. En el tiempo transcurrido desde que Enrique regresó al colegio, el viejo Echeverría había estado recuperándose en el hospital de una de sus múltiples enfermedades a cara o cruz, y cuando ninguno de los miembros de la comunidad religiosa del cuarto piso daba un duro por su recuperación, el esqueleto le echó a andar y los músculos se le tensaron para iniciar un nuevo movimiento. Que Enrique supiera, no menos de cinco veces había pasado por ese trago el viejo cura.

No le había cambiado la voz, ni el acento, aquella mezcla imposible de castellano, francés y vasco, porque las tres lenguas las había aprendido a la inversa, primero el vasco en el caserío familiar en

las montañas de Vizcaya, luego el francés en la infancia de exilio, después el español, trabajosamente y con disciplina, cuando volvió a cruzar los Pirineos e ingresó en el seminario. Enrique calculaba que el cura Echeverría debía sobrepasar ya los ochenta años, pero conservaba cierta lucidez envidiable, o no la conservaba ya y por eso lo reconoció al instante, sin advertir el abismo que mediaba. desde su último encuentro y saludándolo con aquella parsimonia suya, tan caballerosa, mientras agitaba una mano derecha forrada por un guante negro.

Enrique guardaba buenos recuerdos de aquel anciano. Algo despistado tal vez, a su bola siempre, el cura Echeverría había sido responsable de cierto escándalo que no pudo pasar a mayores porque en el fondo no había sido más que una broma picaruela, o quizás ni eso, un puro ejercicio de candor por su parte. Cuando los padres más conservadores se quejaron de que el cura les estaba enseñando a sus hijos palabras raras en vascuence, Gure Aita, zeruetan zerana, el conato de escándalo se apagó como una mecha húmeda en cuanto se supo que se trataba del Padrenuestro y no de ninguna consigna separatista contra la España del Generalísimo. Ajeno a la polémica, como un profesor Tornasol sordo a cuanto le rodea, el cura continuó enseñando francés y regalando sobresalientes que se debían sin duda más a su buena voluntad que al fruto del esfuerzo. Nadie había podido comprobar nunca que tuviera varios sobrinos terroristas, pero tampoco habría sido tan extraño.

Fue el propio padre Echeverría, en su inocencia (pues no cabía pensar de él maldad alguna) quien de un modo u otro disparó los acontecimientos que vendrían luego a precipitarse. Un viernes por la tarde, cuando el colegio estaba ya vacío de alumnos, padres incómodos, monitores fornidos y personal de servicio, cuando sólo se escuchaba el débil tableteo de las teclas del ordenador y, en segundo plano, el bullicio de los coches en la avenida, Enrique tuvo que dejar de pasar informes a formato electrónico y acercarse a abrir la puerta

de la calle porque alguien llamaba con timidez, casi con la fuerza de un gato extraviado. Era el viejo Echeverría, que regresaba de decir una misa de difuntos en la asociación de jubilados, y había perdido la llave en algún punto indeterminado del trayecto.

El cura lo saludó con la frase de siempre, la que repetía desde hacía más de cincuenta años, cómo va la vida, y Enrique sólo se encogió de hombros, dándole a entender con una sonrisa mustia que íbamos tirando. Regresó a la secretaría mientras el viejo vizcaíno esperaba el ascensor. Cinco minutos más tarde se lo encontró en la puerta del despacho. Estaba solo en la comunidad, se estaba preparando un cafelito y le hacía mucha ilusión que Enrique lo acompañase. Además, tenía un pacharán que él mismo producía siguiendo la receta secreta de la familia en Yurre, tan apreciado que hasta un par de restaurantes de la ciudad habían querido comprárselo y todo. Enrique no tuvo más remedio que aceptar la invitación, aunque aclaró por si acaso que él no bebía alcohol: órdenes estrictas de los médicos.

El cate estaba caliente y fuerte, y Enrique no fue capaz de decidir si le gustaba. El sacerdote, naturalmente, se encontraba a sus anchas en el saloncito, que pese a estar decorado con muebles nuevos y sofás de cuero, y contar con un buen aparato de televisión, y hasta con vídeo, no había podido adquirir un matiz personalizado, por lo que a Enrique se le antojó que era, tal vez, la versión ordenada y pulcra de cualquiera de los pisos de soltero en los que había vivido: los detalles de adorno eran fríos, como de plástico, supervivientes de modas o herencia posible del paso trashumante de generaciones de cocineras o mujeres de la limpieza que en vano habían luchado por hacer de madres sustitutas de aquel puñado cambiante de religiosos,

Los ochenta años y las muchas operaciones no pesaban sobre la actividad del padre Echeverría. A su ritmo, eso sí, el sacerdote se levantaba una y otra vez para traer más azúcar, bollitos, pastas, servilletas, el vaso de agua fresca que Enrique no había pedido

todavía. Y al regreso de uno de sus viajes a aquellas habitaciones desconocidas, cuando Enrique empezaba a incomodarse de tanto mirar el grabado de la Virgen de la Columna, el cura depositó sobre el paño de la mesa dos objetos que dispararon los recuerdos de Enrique Costas y le helaron el café en la garganta y la sangre que le corría por todo el cuerpo.

Representaban un tesoro para el sacerdote, pero para Enrique eran estricnina, puro veneno. Los dos cuadernos, uno encima del otro, centraron de pronto su mirada y desequilibraron su vida. Con una sonrisa en los labios, orgulloso de haberlos conservado como oro en paño durante tanto tiempo, el padre Echeverría abrió primero uno y luego el otro, y entre el marrón gastado de la tinta y el marfil comido de la pulpa de papel asomaron destellos celestes y rubios, trazos inquietos que hablaban ya de sensibilidades equívocas. El primero de los cuadernos era de Julián. El segundo, de Enrique. Sus obras de arte, comentó el cura, lo más parecido del mundo a un incunable. Y los dos recordaron a sabiendas cómo se habían fabricado esos cuadernos, clase a clase, de una evaluación a la siguiente, archivando participes passés y vocabulario, verbos intransitivos y formes de politesse. Y mientras los cursos corrían, los cuadernos se rellenaban de luces, de guaches y ceras, hasta convertirse no en un muestrario de palabras sino en un almacén de dibujos, porque tanto Enrique como Julián habían pasado de grecas o canotiers a torres Eiffel surrealistas cuajadas de perlas, supervivientes de Atlántidas u otras eras no soñadas, y los petit écoliers se transformaron en ángeles y hadas, vírgenes con mantos de hule, cuerpos de recortable con caritas de maniquí y bocas de gominola de fresa. Eran sus principios en el mundo del arte, que después les costaría tanto, y posiblemente con ningún otro profesor se habrían atrevido a llegar tan lejos, porque los cuadernos se habían vuelto un muestrario de lo que ambos iban a hacer, de lo que iban a ser, no una mera recolección de apuntes en limpio. El padre Eleuterio, de matemáticas, o don Daría, el militar que inculcaba balística en vez

de física, habrían puesto el grito en el cielo o habrían dejado escapar una carcajada amarilla, más propia de aspirantes a camareros, si les hubieran presentado sus lecciones envueltas en aquel celofán de dibujos. Pero Echeverría, curtido en su despiste, o en la tolerancia de haber simultaneado tres culturas, se extasiaba en el colorido de las páginas, en la resolución de los esbozos, en la imaginería de los encuadres, y pasaba las páginas como quien saborea un álbum de fotos, para acabar subiendo siempre una nota que no tenía por qué quedarse, ya en aquella época, en la simple media aritmética de los exámenes.

Casi veinticinco años había conservado Echeverría los dos cuadernos, esperando quizás un momento como éste, haciendo de fideicomiso de un testamento de colores mientras tanto. Y ahora le había llegado el instante de devolver aquel tesoro a uno de sus orfebres. Tuyo era y tuyo ha de ser, le dijo, equivocándose en 105 tiempos de los verbos, y dejó caer sobre las manos temblorosas de Enrique los dos cuadernos. Un escalofrío de tiempo le corrió por los brazos, hasta clavarse en el corazón, contra el estómago, pero Enrique no tuvo fuerzas para rechazar el regalo, porque no se veía capaz de llevar la contraria a la amistad inofensiva de aquel viejo. Cuando bajó de nuevo en el ascensor y se vio la cara en el espejo sólo pudo sentir vergüenza de su rubor, un nerviosismo doloroso que le quemaba los ojos con una cal viva de angustia o de remordimiento.

Ya no pudo concentrarse en las actas, y el débil roce de sus dedos contra las teclas acabó por llenar de calambres sus antebrazos. Apagó el ordenador, cubrió el teclado con su funda de plástico, bajó las persianas y apagó las luces para después echar tres vueltas a la llave de la puerta. Se lo pensó dos veces antes de rehacer sus pasos, y abrió de nuevo la puerta y tanteó en la oscuridad hasta dar con los cuadernos. Controló como pudo un escalofrío, salió del despacho volvió a echar la llave y caminó sonámbulo hacia la puerta, sin importarle el pasillo ahogado de luz, ni el silencio innatural que

amortajaba el colegio vacío.

Durante toda la noche fue incapaz de abrir ninguno de los dos cuadernos, y dejó correr el sábado asomado a la ventana, contemplando las olas morir más allá del cristal de su balcón. Puso un par de discos de Puccini, los oyó sin escucharlos, comió sin saborear una comida que podría haber trocado por las monedas que valía y vio desfilas las luces electrónicas de algún concurso en la televisión, o tal vez fuera un programa de música, o un partido de baloncesto. En todo el día se acercó a los cuadernos, que se habían quedado en el recibidor de la casa, junto al paragüero. De madrugada lo despertó el camión de la basura torturando los contenedores hasta hacerles escupir las bolsas de restos de vida que llevaban dentro, y tuvo que luchar contra sí mismo para no encender el televisor y empaparse de los penes lustrosos del canal porno. Sentía sed. Se estaba orinando. Cuando se dio cuenta, había encendido la luz y tenía sobre las rodillas los dos cuadernos abiertos.

Las páginas no estaban amarillas, sino grises, como si se hubieran contagiado del color de la portada. Enrique sintió vergüenza de sus monigotes. No una sombra de orgullo, sino más bien una pátina de inseguridad que regresaba de aquel entonces, cuando en las pestañas de sus vírgenes o los pétalos de sus hadas iba marcando a golpe de corazón todos sus anhelos, pero si sus manos temblaban al repasar lo que él mismo había dibujado cuando no era más que un adolescente en busca de guía, una calma cálida se apoderó de él cuando estudió con ojo crítico, casi con mirada ajena, los primeros trabajos de Julián, tan simultáneos a los suyos, tan iguales y al mismo tiempo tan distintos. Eran las mismas ninfas multiformes, los mismos arcángeles de sexo indefinible, los corazones de Jesús y las modelos de años venideros, pero el trazo que en aquellos dibujos se intuía hablaba ya de un artista que podría ser cualquier cosa menos temeroso, incompleto aún, pero arrojado. Los golpes de lápiz de color eran más exactos, siempre precisos, de arriba a abajo, suavizan

do con líneas curvas la rectitud de cuellos y hombros, y en sus vírgenes había un algo de muñecas japonesas, una debilidad engañosa, la mano tendida en una súplica que después, sin previo aviso, podía descargar un golpe sorprendente en una mancha de color, una expresión de burla detrás de una lágrima de sangre. Cuando los tonos azules le saltaron a la cara, cuando los amarillos se fundieron con los verdes y las bocas de carmín imitado se corrieron en muecas de asombro hacia abajo, Enrique se dio cuenta de que estaba llorando.

Escondió los cuadernos entre sus libros, molesto consigo mismo Por haber estado a Punto de estropear uno de aquellos recuerdos que de cualquier manera no había querido, y salió a la calle en busca de aire y sólo fue capaz de detenerse en la balaustrada del paseo marítimo, contra una farola. Para escuchar el ronroneo del mar que no podía ver más allá del cono de luz que revelaba su silueta encorvada, como un albatros de alas cortadas y recuerdos mudos.

El domingo fue un nublado de medicinas y silencio. No volvió a hojear los dibujos, pero ya los tenía grabados a fuego en la carne. La vuelta al colegio, a partir del lunes, se complicó con un resfriado de humedad, posible secuela de haberse pasado la madrugada entera oteando un mar que no clareaba. Dió una de las ocho clases de dibujo que le correspondían a la semana, sin dejar de entrever en los bodegones, barquillas varadas y naturalezas muertas de sus alumnos las alas de sirena, las melenas de mariposa que se habían fugado de su pasado con Julián en estas mismas aulas. A partir del miércoles necesitó, como el oxígeno, volver a recordar su rostro.

Una de las principales disposiciones de la terapia, o quizás hubiera sido intromisión de la familia, fue borrarle de toda huella de su pasado de vergüenza. Tras los dibujos brotados del alma de Julián, del centro de Julián mismo, Enrique deseó rememorar su cara, con la urgencia de quien rebusca en los bolsillos una moneda extraviada con la que hacer una llamada a vida o muerte. No tenía ninguna foto de Julián en la casa. En el estudio de Madrid tal vez quedara alguna,

pero no en casa. Todo vestigio de su existencia conjunta se había desvanecido. Porque para la familia, Julián, como el pasado de Enrique, sencillamente no había existido. Ya no constaba en acta.

De cualquier forma, el Julián que habría encontrado en esas fotos no era el Julián que ahora anhelaba, el Julián ingenuo y puro, el Julián bromista, pletórico de vida y de proyectos. Pronto cayó en la cuenta de dónde encontrarlo. Entre los miles de rostros decapitados que asomaban a los pasillos desde las orlas.

Abandonó la clase, dejando a los alumnos a sus anchas, y fue buscando de planta en planta la orla donde los dos estaban. No la encontró en ninguna parte. El paso de las generaciones, la multiplicación de cuadros, había hecho que las orlas ya no adornaran solamente la galería de la planta baja, eso lo sabía, pero los orgullosos bachilleres de 1940 y sus consagraciones a Franco y sus vivas a España alternaban desordenadamente en las mismas paredes, tal vez, con la generación más reciente que celebraba los cien años de cine sobre una litografía de Marilyn Monroe, o la burlesca casita de pitufos con todos los alumnos fotografiados huyendo de un Gargamel que encarnaba un desconocido y caricaturizado jefe de estudios. Como no había más lógica en la disposición de los recuerdos que el espacio libre entre paredes y puertas, y como durante siete meses Enrique había pasado ante ellas cabizbajo, temiendo encontrarse su mirada en aquella orla, le resultaba difícil suponer dónde podía estar la correspondiente a su curso. Dos veces recorrió el colegio entero de abajo a arriba, sólo para certificar lo que ya sospechaba: no todos los cursos habían sido entronizados para la posteridad. Faltaban algunos. Y uno de esos cursos era el suyo.

El largo sable del teniente coronel, su padre, podía llegar a muchos sitios, amenazando con cortar líneas telefónicas de periódicos proclives al escándalo, o pinchando ministerios hasta dar con la clínica capaz de ofrecerle el cien por cien de resultados a su proyecto de terapia, no importaba cuánto tiempo se invirtiera en ella, y hasta

empleando el resplandor de su filo para, una vez superados los nueve años de reclusión hospitalaria, abrirle a Enrique un hueco no deseado entre el claustro de profesores del colegio. Pero era imposible que hubiera caído en eliminar también aquella orla insignificante, perdida entre los muros y el cristal del cuadro.

Guillermo, el conserje, comía a escondidas una manzana verde con la que intentaba burlar el hambre o uno de sus múltiples regímenes de adelgazamiento, y mientras se subía los pantalones por encima de la barriga respingona y cerraba por la mitad la navaja de Albacete que le servía de cubierto, chasqueó la lengua y dijo que sí, que era verdad que no todas las orlas estaban en su sitio. En una de las últimas remodelaciones recientes del colegio, hacía uno o dos años, no recordaba exactamente, hubo que derribar un muro o correr algún tabique, para cambiar de sitio alguna clase o abrir una puerta nueva a algún despacho. Como ese tipo de obras se hacían, como en todos los colegios, la semana anterior al principio de las clases, alguien (el administrador, sin duda) había tomado la decisión de almacenar las orlas sobrantes, para buscarles acomodo en otro sitio cuando los nervios de primera hora se serenasen. Habían pasado dos años y aquellas tres o cuatro orlas seguían sin haber encontrado una nueva ubicación en las paredes, para desconsuelo de hijos de antiguos alumnos, o de los antiguos alumnos mismos, que curioseaban por los pasillos qué aspecto de pardillo tenían sus padres o aprovechaban cualquier reunión con los tutores de sus hijos para echar una ojeada a aquella época en que tenían más cabello y menos deudas. Parecía que hubiera habido un salto en los cien años y pico de vida del colegio, como si de 1968 a 1971 no hubieran abierto las puertas, como si de 1978 a 1979 hubieran emigrado a otro lugar, porque no quedaba constancia de pasillos para afuera de que allí habían estudiado varias generaciones ininterrumpidas de alumnos. Pero Guillermo sabía dónde estaban guardadas las orlas: en el pequeño sótano que estaba debajo de la secretaría, casi debajo de los pies del lugar donde Enrique

desempeñaba su trabajo.

Por la tarde, a solas como siempre en el despacho, Enrique descorrió la alfombrilla de goma y con esfuerzo logró abrir la trampilla. Encendió la luz del sótano y bajó al cuartito. Ya había estado otras tres o cuatro veces aquí, para buscar algún certificado extraviado o comprobar los datos académicos de alguien que quería, años después, solicitar un traslado de expedientes o, simplemente, restregar por la cara de su hijo que era cierto que terminó la reválida ! con una media de nueve con uno. Como no iba buscándolas a sabiendas, no había caído en la cuenta de que contra la pared había apiladas cuatro o cinco orlas, pero era verdad que allí estaban, cubiertas de polvo y abandono. Se puso en cuclillas y limpió con la mano el cristal de la primera, hasta aclarar el año que indicaba la ., generación de estudiantes que contenía. No era la suya. Un soldado de la guerra del Vietnam sostenía en la mano izquierda una paloma, ya su alrededor cincuenta y dos caritas de estudiantes expresaban de esa forma su rechazo. Enrique sospechó que no era un soldado de verdad, sino uno de los alumnos disfrazados, pero en la foto ampliada y granulosa daba el pego. Hizo la orla a un lado, y escrutó la fecha de la segunda, sin que esta vez le hiciera falta mancharse la mano de polvo. Tampoco era su orla, sino un trabajo en madera quemada, donde los nombres de cada uno de los estudiantes habían sido .,. marcados con la punta de un clavo al rojo, y en el centro, puro kitsch, el corazón de Jesús y la banda en latín con el lema del colegio. Otra orla más antigua venía detrás, con improbables adultos de trece o catorce años, todos encorbatados y con gafas de carey, mucho más jóvenes en el presente, sin duda, que en la inmortalidad que les daba la foto. Los años sesenta. Costaba trabajo imaginar a aquellos chavalitos con aspecto de empollón y adolescencias manchadas de pecado al acecho desmelenándose en los guateques del momento o, ya en la actualidad, llevando adelante bufetes, hospitales o bancos. Un tercio de aquellos chiquillos disfrazados de hombres podían estar hoy

divorciados, otros tantos muertos.

La orla de su curso destelló como la custodia de un Corpus Christi. El año que indicaba venía inmediatamente después de la otra orla de madera, y quizás por eso el profesor de diseño de la época, cuyo puesto Enrique ocupaba ahora, había llevado adelante el experimento en grabación y había indicado un fondo de láminas de estaño. El resultado en su momento tal vez fuera brillante, un tapiz de plata donde asomaban las caritas de los estudiantes, pero ahora parecía una hojalata sucia, sin ninguna magia en su tizne opaco. Pero no importaba. Era su curso. Era su año. Enrique encontró en seguida la versión adolescente de su rostro, estrangulado con la corbata que la mitad exacta de los compañeros de la orla compartían. No se reconoció en aquel muchachito de pómulos hundidos y mirada melancólica, pero sabía que él había sido. Un detalle inquietante, que incluso podría haber achacado a los manejos de su padre, lo llenó de desazón, porque el rótulo bajo la foto se había borrado y era imposible identificar sus apellidos, como si Enrique Costas no hubiera existido, como si lo hubieran vaciado. Una inspección más atenta le hizo descubrir que la orla, sin duda, había adornado alguna pared junto a una ventana, y los lametones del sol durante años habían acabado por desecar la tinta de su nombre.

Julián tenía el cabello muy largo, incluso para la época, en aquella pose que Umbral le había descrito como a caballo entre los poetas malditos y los héroes adolescentes de los tebeos (pero es que Umbral se repetía mucho). No llevaba corbata, sino una pajarita amarilla que ahora era sepia, y entronizada en la plata de la orla su a sonrisa burlona parecía decir que no se estaba tan mal al otro lado de la muerte, Porque eso pareció de pronto la orla entera, una foto de difuntos clavada en la lápida gris de un mausoleo. Enrique pudo ver que el nombre de su amigo era legible todavía, Julián Carreño, como si la lanza de sol que lo había eliminado a él de la orla se hubiera contentado tan solo con robar su nombre. Miraba al fotógrafo con

descaro, sin tomarse en serio pasar a la posteridad de aquella manera, cuando ya tenía otro destino marcado, un rumbo ineludible. Enrique tuvo la impresión de que, si pudiera ampliar aquella foto, en las pupilas negras de Julián estaría reflejado todo el estudio, el trípode, los focos, la postura encorvada del retratista, y más allá aún, el pasillo, la puerta de la calle, la Plaza de las Flores, la escalera de Correos, el teatro Andalucía, el mundo. Todo estaba marcado, estaba seguro, en aquellos dos ojos abiertos, retratados para quien fuera valiente y quisiera verlo. Pero Enrique no era valiente. El sólo se conformaba con haber recordado aquella cara que tanto había amado.

Estaba depositando de nuevo la orla contra la pared, para sepultarla bajo el peso de las otras tres orlas que tenía encima, cuando su dedo pulgar rozó otra foto, y fue como si sintiera un mordisco o un pinchazo. Retiró la mano, encogió la mirada y los cerrojos de su cerebro chasquearon intentando abrir las compuertas anuladas, ansiando que un río de luz rompiera dentro de su cabeza. Era la foto de Raúl, que ellos dos habían creado.

Ni siquiera veinticinco años después se notaba el truco. Era difícil advertir que no se trataba de un alumno auténtico, sino de un montaje apresurado, hecho una tarde de risas y de agobios. La boca era de Julián, la barbilla de Enrique, los ojos de Enrique también, no estaba seguro, el pelo de su amigo, la nariz de Julián quizás, las orejas de ambos. El resultado era un individuo raro, un ente turbio que no desentonaba demasiado de los demás alumnos: por lo menos Raúl no tenía granos. Enrique sabía que aquella proeza hoy se hacía con un ordenador en pocos segundos, pero cuando ellos dos se pusieron manos a la obra aquel concepto no se exploraba ni en los libros de ciencia-ficción. Era la consecución lógica de una broma, el fruto inconsciente de su romance, posiblemente. Durante todo un curso habían logrado engañar al viejo Echeverría, haciéndole creer en las ausencias de un alumno inexistente, y de Julián fue la idea de incluirlo "en la orla que los dos preparaban junto con el maestro de diseño. Fue

dicho y hecho, un revuelo de tijeras, una visita rápida al fotomatón de la puerta del cine, frente al colegio, y luego cortar y pegar, fotocopiar y retocar con brillos. Nadie se dio cuenta de que había un alumno de más en la orla del curso, porque las orlas sólo las miran quienes están en ellas, para buscarse, y los curiosos más tarde ignoran si es verdad que las fotos corresponden con los nombres o si son inventados todos ellos. Enrique y Julián sabían ya, cuando eran estudiantes, de más de un caso de identidades confundidas, y hasta una generación anterior había pasado a las paredes no con el aspecto que tenían cuando terminaron preu, sino con las fotos rescatadas de su inscripción en primero o segundo curso de bachillerato. Aquella orla siempre había parecido extraña, pues se notaba en las caritas de los alumnos que de . ninguna manera podían tener diecisiete o dieciocho años, y era imposible creer que hubiera pasado por el colegio una generación entera de superdotados. Otras veces, también lo sabían, y quizá eso fuera el detonante, siempre había algún despistado que no entregaba a foto de carnet a tiempo, y una vez abierto el nicho del cuadradito que iba a ocupar para los restos no se podía corregir, y había que echar mano a la inventiva para no deslucir el resultado, porque terminado el último curso los alumnos se marchaban y entonces había que echarles un galgo. El propio cura Echeverría les había enseñado, divertido, cómo los bachilleres de 1962 habían tenido cuatro hermanos gemelos, cada uno con un nombre diferente y su apellido. Y era verdad: cuatro rostros idénticos asomaban en diferentes lugares de la orla, con el flequillo de Tintín y la sonrisita de niño bueno que nunca hubiera roto un plato. Había tenido que ser una solución de .. compromiso. Alguien hizo copias apresuradas de una foto cualquiera y las repartió por los tres huecos que quedaban, componiendo la simetría de los retratos. Lo gracioso era que ahora nadie podía asegurar cuál era la personalidad real y cuáles eran las tres inventadas. El repetido, lo habían llamado durante años quienes estaban en el . secreto de aquel truco. Las generaciones de ahora lo habían bautizado

como el clónico.

La idea de crear a Raúl les había venido a ambos en un momento de inspiración compartida, a la vuelta del verano, casi como una celebración de su reencuentro. En la hora de francés, el cura Echeverría distribuyó unas fichas para confeccionar a partir de ellas las listas de la clase. Fue un momento mágico en las vidas de ambos. Sobraban algunas mesas en el aula, como sucede siempre a principios de curso. Julián se quedó con un papel de más, y escribió rápidamente un nombre en la línea indicada, el primero que se le pasó por la cabeza: Raúl. Mientras sofocaba una risa, con una mirada de entendimiento, le pasó el papel a Enrique. Y Enrique, usando el mismo bolígrafo, escribió con la misma velocidad: Quimera. Les hacía falta un segundo apellido, y Julián remató lo improbable de la nomenclatura: Bonita. Entregaron rápidamente los papeles al alumno de la primera fila, nombrado secretario en funciones o chico de los recados permanente, y esperaron a ver cómo confeccionaba Echeverría la lista con un alumno de más, y qué cara iría a poner cuando se diera cuenta. Pero Echeverría no llegó a captar nunca el engaño.

Enrique dejó la orla en su sitio y la cubrió con las otras orlas, como si tapara con una manta a un niño dormido. Subió despacio los escalones hasta la planta baja, procurando no tropezar, y apagó la luz desde arriba y dejó caer la trampilla. Se incorporaba para poner en su sitio la alfombra de goma cuando vio a su derecha unos zapatos. Cómo va la vida, dijo una voz familiar, espantando cualquier posible sobresalto. Era el cura Echeverría, que volvía de administrar una unción de enfermos, y estaba algo apurado porque había perdido en alguna parte, antes de salir a la calle, uno de sus guantes de cuero negro. No, Enrique no lo había visto, ni sabía de ningún chaval que lo hubiera encontrado entre el ascensor y el vestíbulo. Mañana se encargaría de preguntarle al conserje si se lo habían entregado a él, como solían hacer con las prendas perdidas y los libros extraviados casualmente o a propósito.

Durmió esa noche un sueño inquieto que no llegaba a parecerse a las alucinaciones de otras épocas, pero casi. No atinaba a formar imágenes, ni recuerdos, sino una mezcla de estímulos contradictorios, capas superpuestas de pasados fugaces que llamaban a la puerta de su presente y echaban a correr; cuando Enrique se asomaba a la mirilla no había nadie. Momentos felices que parecían imaginados se batían con malos tragos arrinconados e imposibles, trastocando situaciones, alterando placeres por lamentos. Cansado de no saber en qué ahora de su vida estaba, Enrique se levantó de la cama y pasó la madrugada contemplando la televisión, haciendo acopio de utensilios inservibles en el basurero de la tienda en casa. Una llovizna cálida de primavera lo despertó, y antes de abrir los ojos Enrique imaginó que un recién nacido hambriento arañaba los cristales, pero sólo eran goterones de agua. Llegó tarde al colegio. Como no tenía clase hasta después del recreo, no lo amonestó nadie. Se acordó del guante del padre Echeverría y fue a preguntarle a Guillermo si se lo había entregado algún chaval. Enfrascado en el arreglo de la multicopista, manchado de tinta negra hasta en las mallas, Guillermo no sólo no había recogido ningún guante de cuero (aunque sí un diccionario de inglés y una calculadora programable), sino que además estaba hecho un basilisco porque el viejo gabán que colgaba del único perchero de la conserjería, un capote caqui que sólo utilizaba de higos a brevas, cuando los días de tormenta tenía que cruzar el patio entero para abrir la cancela, había desaparecido. Un trapo lleno de mugre, eso es lo que era, una prenda que no haría el avío a nadie, veinte años pasado de moda y con grasa en los codos, y algún drogadicto hijo de puta se había colado en el colegio por la noche y en vez de llevarse un televisor o un video había echado mano del gabán. A lo mejor, trató de suavizar Enrique, se había llevado el abrigo porque estaba lloviendo. Ese era el fondo del problema para el conserje: las cabañuelas anunciaban una primavera de aguas, y a ver quién sacaba ahora, y de dónde, para un impermeable nuevo.

Por aquel breve intercambio de palabras con Guillermo, Enrique dedujo que el conserje tampoco estaba al tanto de su pasado, o de otro modo no habría dejado claro, para no herirlo, su desprecio hacia todo aquello que identificaba con la drogadicción. O tal vez hubiera sido un lapsus freudiano, porque como buen portero Guillermo no se podía estar callado ni debajo de agua. Ciertamente, el Enrique que ahora había era un hombre de provecho, reservado y tímido, hasta servicial, pero Guillermo no tenía por qué saber que había tenido a la fuerza que cambiar drogas de euforia por drogas de aturdimiento. Nadie podría sospechar, viéndolo ahora tan manso y apocado, que Enrique Costas hubiera dado más de un paseo de la mano de Lou Reed, en otros tiempos.

Fue el propio Enrique el primero que dio el salto. Había comprendido que una ciudad pequeña y provinciana no ofrecía ningún futuro, que siempre iba a estar maniatado por la familia y los escrupulosos. En la Escuela de Bellas Artes, lo descubrió en seguida, se veía forzado a un clasicismo con el que no encajaba, igual que en las calles)' en la vida se le pretendía obligar a seguir unos parámetros de conducta que no le interesaban en lo más mínimo. Vendió sus primeros cuadros a conocidos de la familia, y hasta tuvo que hacer retratos que iban en contra de su gusto, pero gracias al dinero obtenido por ellos consiguió marcharse a Madrid, donde quería ser libre. Siete meses más tarde Julián se sacudió también del yugo de su padre marino y siguió su ejemplo.

Los primeros tiempos fueron duros, años de guitarras y de trazos de tiza en las bocas de metro, comedores de caridad y sobre todo mucho alcohol. La libertad que ambos sentían iba por dentro, se anhelaba en el aire, se palpaba en las calles, pero todavía el país estaba sujeto por un correa de hierro. Demasiado entregados a la experimentación y el divertimento para pretender una toma de conciencia política, sí era cierto que la matanza de Atocha los pilló .. dibujando acuarelas en la misma calle, llenándolos de ruido de

pólvora y de espanto, y entre la modernidad que nacía vieron cómo más de un amigo se volvía a casa aterrorizado por las botas y los bates de alguna camada negra incontrolada que los usaba como blanco. Cuando amaneció por fin y entró la luz, llevaban tanto tiempo volando a solas que casi no tuvieron motivo de celebrarlo.

Habían descubierto la música de Aute, y en el primero de sus álbumes, en la comunión de amor y muerte que Julián robó en el Corte Inglés de Gaya, encontraron una canción que hicieron suya. Otras parejas al borde de la quiebra tal vez quisieran seguir respirándose con De alguna manera, pero para ellos dos la copla que mejor representaba cuanto sentían era Dentro. Saber que el cantautor también pintaba los llenaba a los dos de un goce secreto, porque habían descubierto gracias a él que no había por qué constreñirse a una sola aventura en el arte. Enrique publicó algún que otro poema en revistas marginales, y Julián hasta compuso canciones para un grupo minúsculo que no llegó a grabar ninguna maqueta, adelantados todos a los tiempos inmediatos que esperaban a la vuelta de la década.

Ya no eran niños, pero seguían jugando. Experimentando siempre, como quien sólo busca una risa, decidieron hacer un cuadro a medias, y si sus estilos siempre habían sido parecidos, desde los tiempos de los cuadernos de francés y sus vírgenes de pestañas y rolos, o quizás incluso de antes, a partir de ese momento comprendieron que los dos eran uno. Enrique iniciaba un trazo y Julián lo completaba. Julián preparaba las mezclas y Enrique las vertía en los lienzos. Llegaron a saber de tal modo lo que ambos pretendían que empezaron a pintar sobre el mismo cuadro, sin pensar de antemano, comenzando cada uno en un extremo de la tela, hasta que los dos trazos se unían en el centro sin que se notase nada la progresión, sin que hubiera fallos en el diseño. Habían leído en alguna parte que los hermanos Hildebrandt, en Estados Unidos, trabajaban de la misma forma. Ellos no eran hermanos, sino mucho más. Los cuadros

conjuntos tuvieron mejor acogida que sus esfuerzos individuales, aunque compartieran desde la llegada a Madrid el mismo estudio, primero en Lavapiés, después en Chueca. Cuando se plantearon cómo firmar la obra conjunta, la palabra les vino a la mente sin que tuvieran tampoco que dudar un instante. A partir de aquel primer experimento resuelto, Enrique Costas y Julián Carreño iban a ser conocidos por el mundo como Quimera.

Enrique no estaba seguro de que la elección del nombre hubiera tenido que ver con la criatura ficticia que ambos habían creado, por diversión, en el colegio. Era verdad que coincidía con el apellido de aquel alumno inexistente, pero a él al menos jamás había vuelto a pasársele por la cabeza el resultado de aquel juego. Para ellos Quimera tenía a la vez la connotación de lo imaginario y el aliento de fuego del animal mitológico, y como la poesía de Gérard de Nerval, Baudelaire y Luis Cernuda que entonces estaba de moda entre sus círculos, la inspiración de sus trabajos mezclaba fuentes diversas, la mitología y la religión, los personajes históricos y los seres inventados. En el fondo, Enrique se daba cuenta ahora, después de haberse enfrentado al recuerdo del cuaderno, de que su obra pictórica estaba comprimida, esbozada y condensada en sus tiempos de adolescencia.

Quizá el nombre se les había quedado a los dos prendido con grapas en el subconsciente. Habían dejado a Raúl Quimera en la orla, hueco y eterno, olvidado de su historia, pero sin darse cuenta arrastraron hasta aquel Madrid neomoderno su apellido. Nunca había captado Enrique la casualidad. Demasiado abotargado entonces por las luces que deslumbraban cada noche su cuerpo y su alma, estaba seguro de que tampoco Julián había caído en la cuenta de que el nombre de guerra que habían escogido, el apellido falso de su hijo ficticio, los llenaba de connotaciones, de regusto a sueños. Era un ejemplo más, tal vez, de cómo arte y vida se van alternando, en un tira y afloja de fuerzas dispares que no tienen, necesariamente, por qué

buscar el mismo objetivo. El acto de creación se embosca siempre, luchando por salirse con la suya, obligando a veces a casualidades en el mundo real que luego, cuando se cuentan al amparo de la noche, con una copa de whisky con hielo por delante, provocan un escalofrío de entendimiento, aunque nadie sepa comprender de dónde viene el empeño, a qué extraño capricho divino se deben. Como Quimera habían firmado su obra conjunta. Y la primera obra en común de Enrique y Julián había sido, precisamente, el embuste en clase, la superchería de dar vida en los papeles a aquel alumno, Raúl Quimera Bonita, silencioso e inexistente.

Porque el cura Echeverría no cayó nunca en el engaño. Para sorpresa de ambos, todos los días que siguieron a aquella broma inconsciente de rellenar la ficha con su nombre, el anciano sacerdote, al pasar lista, lo mencionaba. Naturalmente, no había ninguna voz que dijera presente. No había ninguna mano que se alzara para decir aquí estoy. Porque Raúl Quimera Bonita no existía más que en los papeles. Demasiado enamorados de lo que por aquellas tardes surgía entre ellos, Enrique y Julián, Quimera en el futuro, no llegaron a ser capaces de advertir al cura del error, porque eso habría sido desvelar su broma de mal gusto, y hasta les sabía feo dejar de aquella forma en ridículo al pobre viejo. Tras las clases de francés las horas de deporte se olvidaron, el mundo se pobló de un rumor de trenes y el sabor a salivas compartidas, los poros de sus cuerpos se llenaban de pintura extendida con las manos, de camisas intercambiadas o vaqueros trastocados después de un huracán de juegos, y cada mañana o cada tarde, según tocara, Echeverría pasaba lista, Raúl Quimera Bonita, y nadie contestaba porque nadie había. Sólo Enrique. Sólo Julián. Y el nombre Quimera que se les quedaba asociado, sin saberlo, para resucitar junto con ellos en el futuro, cuando los pinceles de cada uno se besaran en el centro de un lienzo.

Echeverría, claro, se quejaba. Con su voz imposible y zumbona, en un cóctel de acentos, preguntaba a la clase dónde estaba aquel

señor, si vendría alguna vez o si tendría que suspenderlo. Y el resto de los compañeros de curso, inconscientes tal vez del fuego que quemaba entre Julián y Enrique, empezaron a insistirles en que llevaran la broma un paso adelante. Sólo tuvieron que pensarlo unos cuantos días. A la vuelta de una clase de gimnasia (porque entonces no se llamaba aún educación física), colocaron un lío de ropas dentro de un chandal, unas zapatillas blancas en el suelo, una mochila en la silla para que diera cuerpo al cuerpo, un anorak muy tieso, dos guantes de lana, una gorrita sobre una pelota de balonmano algo desinflada, las gafas prendidas con papel celo de uno de los empollones del curso. El guiñol, en el fondo de la clase, flanqueado por sus dos padres, parecía dormido, un adefesio erecto a la fuerza. Bajaron las persianas, con la excusa de protegerse contra el sol de la tarde que se clavaba inmisericorde en los cristales. Todos contuvieron las risas. Arrastrando los pies, con un regustillo dulce a pacharán en la garganta, Echeverría llegó al aula, colocó su grabadora sobre la mesa, sus libros, sus papeles, la carpeta. Y pasó lista. Salvador Aguilera, presente. Julián Carreño, sí. Enrique Costas, presente. Antonio Gómez Lozano, presente. Carlos Manzano, servidor. Ernesto Pérez Barrios, sí. Raúl Quimera Bonita, aquí estoy.

Tal vez fuera acción de la penumbra, o efecto del licor de endrinas sobre las venas del viejo cura, pero Echeverría no pareció darse cuenta de que aquello era un remedo de Jack Griffin, el hombre invisible, y no una persona viva. Expresó su júbilo porque al fin la oveja descarriada había regresado al rebaño, y comenzó la clase haciendo que todos entonaran, como de costumbre, el Padrenuestro en vasco. Desde ese día nunca más volvió a pasar lista, quizás porque ya se sabía los nombres de la clase, quizás porque había considerado zanjada la broma.

Una nueva noche de insomnio recibió a Enrique cuando regresó a casa. Sabía de alguna manera que dentro de su cabeza un volcán dormido removía sus lavas, que en el interior de su cerebro

había un muerto a la fuerza que no podía con el peso de su losa. Estaba sometido a las buenas intenciones de la familia, y ahora veía otra vez el mundo en un tecnicolor perfecto y sin sorpresas, pero no sólo lo habían limpiado: lo había dejado vacío. Como un camaleón se aclimataba, masticaba la vida y la tragaba sin encontrarle más que un re gustillo a polvo, esclavo de su propia falta de sueños de sabana. Si alguna vez fue león de un Serengeti que había plantado sus garras sobre el madroño de la capital de España, ahora era una alfombra sin dientes, una piel sin músculos que los demás pisaban. Y lo más doloroso del caso era que no le importaba en lo más mínimo.

Un timbrado insistente del teléfono lo despertó, o quizá sólo sirviera para apartar su mirada ciega de aquellos interminables anuncios de chicos que entienden y algunas otras perversiones electrónicas. Eran las tres de la madrugada. El teléfono de Enrique no sonaba nunca, ni siquiera durante el día. Su misión era recordarle llamar a sus padres cada vez que regresaba del colegio, para notificarles que había vuelto sano y salvo a casa. Ni una sola vez había sonado desde que estaba viviendo en este piso. Lo atendió, temeroso, acelerando el tiempo durante un segundo y advirtiéndole que las malas noticias vuelan mejor por los hilos que sobre el papel, imaginando ya que el sable del teniente coronel se había partido, que en la Casa de los Palos todo eran llantos. Antes de lograr la comunicación le pareció captar el chasquido de una moneda que caía en su ranura, interrumpiendo por un brevísimo instante el eco del retorno telefónico. Enrique tuvo la impresión de que estaba escuchando la respiración de un eco oscuro, un abismo negro, pero nadie contestó a su demanda de quién llamaba. No se atrevió a colgar. Y entonces escuchó una voz, o un susurro que se le parecía, pronunciando con esfuerzo dos palabras: Soy yo. Luego el tono intermitente que indicaba que la comunicación se había cortado, el tut-tut-tut de un corazón a la carrera.

La llamada no volvió a repetirse. Si se trataba de una broma o una equivocación, no insistieron. Sabiendo que el sable del teniente

coronel seguía afilado y brillante, Enrique se quedó adormilado en el sofá, frente a una película en blanco y negro, una joya del cine que ya no interesaba a nadie.

Cuando la madrugada siguiente el teléfono sonó otra vez ya no pudo repetirse en la sorpresa. Enrique casi la esperaba. Dejó que el timbrado alertara las paredes cuatro veces, aunque tenía el aparato al alcance de la mano, junto al sofá, y se lo llevó a la oreja y ni siquiera dijo diga. Esta vez no pudo oír la moneda al caer, porque tal vez la llamada no se producía desde una cabina, pero la voz sonó igualmente apagada, aunque más fácil de entender. Era la misma. Pronunció una frase antes de interrumpirse, y Enrique supo que no por accidente, sino por gusto. La voz desconocida le había dicho: No te olvides de mí. Después se confundió con un tono de marcado lento y largo, como el aullido de un lobo melancólico o un perro enfermo.

Enrique sabía que en su profesión las llamadas nocturnas no eran noticia nueva. Durante los cafés compartidos en el hogar colegial, entre el humo de los cigarrillos y el alboroto de los alumnos que peleaban por sus donuts y sus bocadillos de caballa, siempre había algún compañero que comentaba que esa noche había recibido amenazas telefónicas, burlas estúpidas que sólo conseguían sacarlo de la cama, asustar a los niños y poner de mal humor a su esposa. Otras veces, las menos, la cosa pasaba a mayores. De vez en cuando una profesora relataba que le habían arrancado de cuajo el retrovisor del coche, o había encontrado las cuatro ruedas del Renault pinchadas, y alguno refería que el amanecer de un domingo, cuando bajaba a la calle a comprar medio kilo de churros, el Diario y el Marca, encontró su nombre y acusaciones de hijo de puta manchando de faltas de ortografía todas las paredes de la escalera, hasta el portal. Por eso casi ningún profesor del centro, y eso que eran incidentes aislados sin continuación alguna, aparecía listado en la guía telefónica. No era ese el motivo de que Enrique tampoco apareciera allí, ordenado alfabéticamente como los muertos de una esquila, pues aunque

sospechaba de risas a su costa cuando no miraba, tenía a cierta honra llevarse bien con la mayoría de sus pocos alumnos, algo que había aprendido del padre Echeverría. El nombre de Enrique Costas no constaba en la guía, simplemente, porque el piso que habitaba pertenecía a la mayor de sus hermanas.

Tuvo que descartar que se tratara de una broma de sus alumnos, y la explicación de una casualidad repetida dos noches tampoco llegaba a convencerlo del todo, pero no podía encontrar nada mejor que justificara la repetición de las llamadas. Era posible que su hermana tuviera un amante, aunque lo dudaba: hubiera sido más fácil localizarla a otra hora, llamando al móvil que siempre llevaba en el bolso, junto al carmín de labios, la cajetilla de Ducados y los tampax. Quizá una casualidad era, nada más. A partir de una circunstancia como esa Paul Auster había escrito, quién sabe, su Trilogía de Nueva York, que tanto le gustaba a Enrique. Esperó una tercera noche, en vela junto al teléfono, el televisor sin sonido, pero no volvió a llamar nadie. Aquella voz que le pedía que no lo olvidara se había olvidado de insistir. Tal vez había localizado por fin el teléfono correcto, al destinatario auténtico de su mensaje en las sombras.

Vencido por el sueño, por pasar tantas noches en vela, buscándose dentro algo que no era capaz de hallar, Enrique apenas prestó atención a los detalles cotidianos de la vida en el colegio: un alumno que se había roto una pierna al tratar de provocar un penalty en un partido decisivo de la liga interna, la amenaza de gripe que todavía continuaba, un tres cuartos de ante que alguien había dejado olvidado en un perchero en clase y ahora no aparecía, la noticia del embarazo sorpresa de una de las profesoras. Su mente ya no estaba aquí. Como un toro en el chiquero, corneaba las barreras tratando de localizar el camino hacia la plaza.

La vida es como una manzana: si la dejas abierta y no la tocas en seguida se pone negra. Y Enrique sabía que

manzana y saboreado sus jugos, en aquel Madrid de neones y de risas, cuando las noches eran azules y tenían por alcalde a un anciano comprensivo que, lo advertía ahora, tanto se parecía al padre Echeverría. Los tiempos de M&M y el Rack Ola, de la transgresión y el vicio abierto, gabanes negros y chinchetas rojas, crestas de papagayo añil y polvo blanco corriendo de cuerpo en cuerpo como agua de fuego. Pedro había definido perfectamente lo que era, no en su debut como director de cine, donde había fotografiado todo aquello, sino en el título de la película que vino luego. Era, en efecto, un laberinto de pasiones. Daba lo mismo que fueras bello como Santiago Auserón y sus poses de Adonis o tu físico respondiera a cubismos picassianos, como la nariz de Rossy, o a osamentas tímidas, como Juan de Pablos. Lo importante era que estuvieras vivo y te supieras joven. Cada noche era una aventura que tal vez no tendría final, un paseo bajo las manchas de leopardo de la jungla que era el cielo, música estridente, motos de láser, el sexo servido en bandeja y la creatividad o el disfraz de artista como única bandera. Todo era de todos, la magia, el arte, la vida, el sueño. Todo era de todos y cuando no quemaba, helaba.

Eduardo Haro Ibars escribía cuentos de resurrecciones sin saber que él no iba a resucitar nunca, y Manuel Piña diseñaba ropa para ectoplasmas, acompañado siempre por su perro. Ceesepe engordaba odaliscas y Kaka de Luxe se disolvía en un barullo de envidias. Todavía nadie había tenido la ocurrencia de pintar a Miguel Bosé como el ángel más perfecto del paraíso, quizás porque vivían sin darse cuenta de que eran criaturas del infierno. Nazario le colgaba un bigote biográfico a su Anarcoma, Imanol y Antonio trataban de abrirse camino en el teatro y sólo Paco Clavel se daba cuenta de que habían pasado de la revolución al esperpento.

En medio de todo aquel caos creativo estaban ellos, Quimera, exponiendo y pintando, danzando desnudos en aquel carnaval de cuerpos. Todo era de todos, Enrique y Julián ya se tenían, no había ningún problema en multiplicar sus afectos. Dos o tres exposiciones

de renombre entre los habituales de la movida, la carátula de un disco, la colección de vírgenes gordas inspiradas en aquella ama de casa gaditana a la que pintaban de memoria, sin que ella se enterase jamás de que era su musa, los pusieron en el mismo epicentro de aquel terremoto que tan poco iba a durar. Una noche, en El Sol, Enrique y Julián pintaron sobre el cuerpo desnudo de Alaska, blanco lienzo de leche, una obra maestra improvisada, mientras Olvido fumaba kifi y ensoñaba futuras *hennas* y una muchachita efébrica, con el cabello corto y aspecto de zombi fresco (¿era ana Curra?) le afeitaba el sexo. El motivo de la pantomima era recaudar fondos para poder pagar el tratamiento a dos colegas en una clínica de Suiza, porque aquí en España no había ningún experto en aquello que habían empezado a llamar la enfermedad del legionario.

Enrique apenas guardaba ya un recuerdo confuso de aquel montón de noches que se embrollaban en la niebla de la memoria, en el palimpsesto que después manos de goma habían escrito sobre lo que quedó de su mente reventada, cuando lo arrancaron a destiempo de las zarpas de la muerte. A veces sí saboreaba alguna añoranza punzante, algún ensueño salado, poco más. Sabía, por ejemplo, que Paloma Chamorro los invitó a su programa de culto en la segunda cadena, La Edad de Oro, y si no fue ella entonces tuvo que ser a algún otro producto minoritario y transgresor, de esos que en realidad jamás veía nadie. No tenía muy claro qué dijeron o hicieron Julián y él ante las cámaras, con las melenas rubias y los broches de diseño prendidos del cuerpo, ciegos de todo hasta las cejas, pero sirvió para que aquel programa que no tenía audiencia alguna fuera censurado y retirado de antena, para encumbrar aún más el malditismo de la presentadora y ensalzar el espíritu libertario de Quimera, y sobre todo para que aquí en casa el teniente coronel sufriera la primera angina de pecho.

Todo aquello se lo había llevado de su historia un viento seco, eliminándolo por los desagües del sanatorio, igual que ahora el

levante de primavera asustaba los toldos de los bares, sacudía las persianas de las casas, arrancaba las hojas a las palmeras y alzaba en pie de guerra los papeles tirados por las calles. Enrique se deslumbraba ante el ordenador, solo en la tarde, remitiendo instancias, compulsando solicitudes, dando de comer papel al gran dios Baal que era la impresora láser, y fuera de los muros grises del colegio un simún despiadado arañaba las puertas, alborotaba el pelo de las viejas, obligaba a los kioscos a cerrar las ventanillas y descabalgaba de las motos a sus jinetes. De vez en cuando, entre una inspiración y otra, el viento cantaba.

Enrique sentía el conato de huracán sobre los pisos superiores del colegio desierto, advertía los portazos lejanos golpeando una y otra vez, hojas de madera indecisas en el gesto de quedarse quietas, notaba los gemidos del viento al fisgar sin permiso en los nidos de los pájaros, el batir de la cancela, el temblor del cristal de las lucernas. Tuvo que levantarse para asegurarse de que la puerta corredera de su ventana estuviera bien cerrada, y entonces un estrépito sonó a sus pies. Algo se había caído en el subsuelo.

Era imposible que allá abajo hubiera alguna corriente de aire, pero tal vez Enrique había dejado las orlas mal colocadas cuando bajó el otro día a curiosear en su pasado, y era lógico pensar que el golpe que había escuchado fuera eso, la corrección de un desequilibrio. Retiró la alfombra de goma, izó la trampilla, encendió las luces. Las cinco o seis orlas continuaban de cara a la pared, en la misma posición que las había dejado, perpetuando su castigo. Pero una estantería entera se había desplomado, quebrando la balda donde reposaban legajos antiguos que habían diseminado su polvo por todo el sótano. No podía ser acción del viento, eso lo comprendió nada más echar el primer vistazo. La madera del mueble había resistido año tras año, hasta que había llegado el momento de decir basta, igual que un vidrio se quiebra sin razón aparente)' siempre hay quien explica entonces que es por causa de una burbuja de aire.

Enrique tuvo que asegurarse primero de que el resto del mueble no se iba a venir abajo. Parecía firme. Se arrodilló, ordenando como pudo papeles que de puro antiguo parecían tiras de piel, balances de años económicos anteriores incluso a su fecha de nacimiento, las fotografías perdidas tamaño carnet de aquel curso de preu que, para la orla, había tenido que recurrir a las otras fotos de cuando los alumnos cursaban primero o segundo, un par de cartas de despido hacia algún profesor desconocido y olvidado a estas alturas, impresos de evaluación, las instrucciones de un video beta que tampoco recordaba nadie. Amontonó libros de lomo negro, cartapacios de la A la Z, facturas telefónicas y nóminas que ni siquiera estaban hechas a ordenador, sino con máquina eléctrica. Fue recogiendo el caos del suelo, poco a poco, como quien explora las arenas del desierto antes de dar con la entrada a la pirámide, y entonces encontró, en el centro justo del montón que retiraba, un libro de notas azul raído, la carpeta del año en que él terminó sus estudios en el colegio.

Divertido por la casualidad, olvidando el remolino del viento en los pisos de arriba, Enrique abrió el registro y buscó su nombre entre las filas. Tal vez lo hubieran borrado de la orla, pero aquí quedaba la constancia de su paso por el centro. Se maravilló de lo mal estudiante que había sido: cinco raspado en la mayoría de las asignaturas, excepto en dibujo y francés, naturalmente, donde siempre había destacado algo. Más abajo, las notas de Julián eran un poco mejores, pero no mucho. Y casi al fondo de la lista, detrás de un hoy desconocido Miguel Perea y Pascual, el nombre de Raúl Quimera

Bonita también reclamaba su espacio entre los compañeros del curso. Enrique se sentó en el suelo. No comprendía. ¿La broma había llegado hasta aquí abajo? ¿Hasta tan lejos? Había una nota en la asignatura de francés, eso podía entenderlo: Echeverría jamás suspendía a un solo estudiante, era normal que en su despiste hubiera evaluado también a su alumno inexistente. A Enrique le parecía recordar que alguna que otra vez Julián y él habían rellenado a medias

un examen falso, a nombre de su creación, por ver la reacción que causaba en el viejo sacerdote. Sin duda eso habrían hecho en los exámenes de final de curso, aunque el detalle hubiera saltado, como tantos otros, entre los respaldos de su memoria.

Pero Raúl Quimera tenía también calificaciones en las demás asignaturas. En las siete. Enrique pasó hacia atrás las páginas. En las otras cinco evaluaciones también había sido calificado. Igual que los alumnos de verdad, Raúl tenía completo su expediente.

Enrique pensó que, si no estuviera ya en el suelo, lo habría buscado para sentarse. Raúl Quimera Bonita no existía. Lo habían creado Julián y él, por pura broma, en una clase de francés, para burlarse del despiste del padre Echeverría. No tenía cuerpo. No tenía mente. No tenía nada más que su nombre escrito con dos tipos de letra diferentes en un papel ya consumido. ¿O sí existía? Enrique temió estar inventándose un pasado. Recordaba el color de las paredes del hospital, las horas de terapia que parecían siglos, las medicinas quemándole las venas, el vómito contenido tras los dientes. Todo eso había sido verdad. Aún se despertaba por las noches sintiendo la respiración de los médicos tras las mascarillas, oyendo el tic-tac del bastón del teniente coronel, que venía a visitarlo y no le hablaba, recordaba el sollozo de sus dos hermanas, la serenidad compungida de su madre. Era verdad que lo habían rescatado de un rabismo para encerrarlo en los barrotes de la vida. Era verdad que llevó una existencia bohemia en aquel Madrid que despertaba cada noche con un batir de alas de murciélago, un Madrid afilado como una navaja en la que tantos habían acabado por cercenarse. ¿O no era, cierto? Tal vez Enrique Costas sólo era un enfermo mental, sí, pero sin su pasado de gloria efímera. Tal vez estaba confundiendo historias leídas, canciones sentidas, anécdotas ajenas. Lo mismo Raúl Quimera Bonita había existido, como ellos.. Aquí, al menos, tenía delante la constancia de su paso por el colegio.

No, no podía ser. Había recuperado esos recuerdos y no estaba ,

dispuesto a conceder que fueran falsos. Era Raúl quien no existía, no su memoria. Se incorporó, se acercó a las orlas, les levantó el castigo. La foto falsa seguía allí, imposible de diferenciar de los demás retratos. Pero aquellos eran los ojos de Julián, la boca de Enrique, la barbilla de su amigo, la nariz que todavía él tenía, o tal vez fuera al contrario. En el baile de rostros ya no se podía distinguir hasta dónde quedaban compuestos los retazos del retrato. Raúl Quimera Bonita era una mezcla de ambos, y en unos momentos se parecía a Enrique y en otros a Julián, como los hijos se parecen, en ocasiones, a cada uno de sus padres. .

Volvió a estudiar el acta del curso. Imaginó que el padre Echeverría, por devolverles la broma de algún modo, había rellenado las demás notas de las asignaturas donde Raúl no había acudido. Era posible, Enrique no lo recordaba con exactitud, que Echeverría hubiera sido entonces el tutor del curso. En cualquier caso, en la Portadilla del acta no se indicaba.

Pero estaba seguro de que Raúl Quimera no había existido jamás. Estaba seguro de que Julián y él lo habían inventado. Rebuscó entre los estantes, manchándose las manos de polvo y tiempo. En un archivador encontró los resguardos que buscaba, como sabía que tenían que estar, pues a ese trabajo dedicaba, hoy en día, la mayor parte de su tiempo. Ordenados alfabéticamente, con el sello del colegio y entre firmas temblorosas de adolescentes, estaban los volantes que aseguraban que los títulos de bachillerato habían sido entregados y recibidos. Al fondo de las hojas quedaban cinco o seis títulos amarillentos, los de aquellos alumnos que, por desconocidas razones, jamás se habían pasado a retirarlo.

Enrique subió con el archivador al despacho, cerró la trampa, olvidó apagar la luz. Se sentó en su mesa y encontró entre aquellas hojas, como ya sabía que iba a encontrar, el impreso a nombre de Raúl Quimera. Se frotó los ojos, cansado y asustado, temiendo ser víctima de una ensoñación, de un nuevo recuerdo falso. Los datos amarilleaban.

ya en el papel, pero allí estaban, los detalles de una vida que él sabía ficticia: la profesión del padre, de la madre, el número de hermanos. Había un teléfono. Sin pensárselo dos veces, Enrique lo marcó. La conexión ni siquiera se produjo: no hubo tono. Si el teléfono había existido de verdad, ya no había línea. También había una dirección. Raúl Quimera Bonita, en el papel, había dejado un indicativo de su rastro.

Toda la decisión que había tenido al marcar el teléfono se difuminó cuando comprendió que sólo había una forma de asegurarse que no estaba imaginando nada. Tardó más de una hora en comprender que si quería salir de dudas tenía que ir a aquella dirección, comprobar si de verdad o no allí había vivido o vivía aún Raúl Quimera. Estaba cerca: Prácticamente, dos calles más abajo.

El viento, en la avenida, le metió prisa empujándolo por la espalda. En el cruce de la calle, tras agarrarse al semáforo, fue dando tumbos por la acera recta, viendo cómo su sombra se borraba cada vez que llegaba al alcance de la mancha de luz de una farola. Un terremoto sacudió sus pies, y al alzar la cabeza Enrique atinó a ver el Talgo que pasaba, y la alarma de la barrera indicando a los coches que ya podían cruzar le pareció el torno de un dentista que hurgara una caries. Ya sabía adónde iba a ir aparar. Lo había sabido en la secretaría, en cuanto localizó la calle donde Raúl Quimera decía tener su domicilio.

El Cementerio de los Ingleses era hoy un parque, y las tumbas retiradas habían sido sustituidas por bancos de granito, aunque de vez en cuando todavía se veía pasear entre los eucaliptos la sombra de los zombis. Ahora, quizá por cosa del mismo viento, no había drogadictos metiéndose un pico en la plaza abandonada, pero rastros de su paso por aquí se veían aún en las pintadas que emborronaban las paredes, en la mancha de orines que circundaba la fuente. Apenas diez metros más allá, casi al ras de la vía del tren que separaba la ciudad en dos mitades, junto a la caseta del guardagujas, sólo quedaban dos muros de lo que antes fue una casita baja, el lugar donde según la ficha

vivía Raúl Quimera, el mismo sitio donde Enrique y Julián habían despertado a lo que eran desde siempre.

Antes había sido una casa abandonada y ahora ni siquiera alcanzaba a ser una ruina. Su primer estudio, cuando aún no sabían que iban a ser pintores, cuando los dos eran partes distintas de una manzana que no se había formado entera. Luego vendría Madrid, vendría el ático en Chueca, vendría Masha Prieto y el fugaz espejismo de la gloria. Pero todo había comenzado en este sitio. El reencuentro tras los meses de verano, que Julián solía pasar en El Puerto, mientras Enrique había acompañado a sus hermanas a una agotadora visita a Italia. Estaban rellenando los impresos de matrícula y se saludaron con un abrazo eléctrico. En los meses de hiato entre el bachillerato y el preuniversitario los cuerpos cambian, los muslos se hacen duros, las manos encallecen y los labios toman otra forma sobre el mentón. Eso lo notaron en el acto, mientras se contaban experiencias, anécdotas terribles sobre lo molesto del verano. En vano Enrique había intentado saborear los placeres de la carne con una bella prima segunda italiana. Julián se había pasado los tres meses practicando deportes al sol, leyendo historias de fantasmas, escribiendo cartas que no enviaba a nadie, y dibujando ondinas y vírgenes de pestañas larguísimas. Tenía un secreto. Había encontrado un refugio fascinante.

Era este lugar. Dos habitaciones de paredes desconchadas, tres muebles viejos, una puerta que se abría haciendo palanca con el pie y un colchón manchado de sangre enrobinada contra un rincón. Quien antes hubiera vivido aquí había emigrado, o tal vez los habían sacado a la tuerza. Enrique sabía que todo este barrio, desde la cicatriz de la vía hasta el otro cementerio, el de San José, había sido en tiempos una zona de granjas, y el avance del progreso las había ido vaciando, para construir sobre sus ruinas edificios de diez plantas. Aquí establecieron su refugio, su escondite, su base. Aquí habían estudiado la anatomía de sus cuerpos, dando rienda suelta a la pulsión de sus

vanidades, dibujándose en los labios de cada uno, contrastando el bronceado de sus cuerpos, y todavía ahora, mientras buscaba indicios neutros en las paredes, Enrique sintió el sabor a caramelo del sexo de Julián, sus carcajadas de pícaro, el reguero de sus manos que lo retrataban con una pintura mate, para sacar brillo a sus bíceps. Aquí se habían confundido sus melenas, habían descubierto que para el futuro tenían dos cuerpos. Aquí habían aprendido a emborronar paredes, a ignorar escrúpulos, a paladear con gallardía la primavera en flor de sus cariños.

Nunca habían tenido resquemores. Una vez, al principio, Enrique le confesó al padre Echeverría los juegos privados que organizaban en aquella casa abandonada su amigo y él, pero el cura le dio la absolución, quizá porque no entendió del todo sus medias insinuaciones, quizás porque de todas formas ya estaba hecho. Durante varias semanas después Enrique quiso leer tras las gafas graduadas del anciano el reconocimiento a aquel secreto compartido, pero ni una sola vez Echeverría dio a entender que recordara nada, que supiera algo, como si en verdad el secreto de confesión hubiera levantado un tabique entre pecado y confesor. O como si de verdad creyera que la confesión traía un arrepentimiento sincero. Era imposible pensar que lo que allí los dos hacían era pecado. Y si había que elegir entre una cosa y otra, los dos tuvieron muy claro que se elegían mutuamente. Se escondían del mundo, era verdad. Pero desnudos el uno contra el otro no había secretos. Dos días después de la primera vez se les ocurrió la broma de crear a Raúl Quimera.

Todavía quedaba, en la pared superviviente, un dibujo infantil que Enrique reconoció como algo propio, un pato Donald lascivo que sodomizaba a un ratón Mickey. Una tinta roja y ajena les había pintado a ambos un doble par de cuernos.

Aquí, por tanto, no había vivido ningún Raúl Quimera. En cualquier caso, en este sitio había nacido. Si era un monstruo de Frankenstein que Enrique y Julián habían creado, recompuesto a

partir de los retazos de sus respectivos retratos, había sido concebido en una batalla consentida de mentes y cuerpos. En más de un sentido, entonces, Raúl Quimera era su hijo. Pero no vivía aquí. Este lugar siempre había estado vacío. El papel archivado en la secretaría era tan solo un nuevo paso adelante en el cumplimiento de la broma, no un misterio.

Iba a regresar al colegio cuando pensó que a lo mejor sí que existía. Julián había encontrado este sitio, y Enrique había creído que de verdad estaba deshabitado. Pero era posible que viviera alguien, algún jovencito con quien su amigo se entendiera a sus espaldas. Lo había hecho en Madrid, sin ningún problema. Lo habían hecho ambos. Tal vez Raúl Quimera Bonita era en efecto el propietario de la casa, y Julián, tan dado a las bromas, había llevado su nombre hasta los papeles del colegio. Por eso se indicaba la dirección. No había sido un alumno, pero existía. Vivía en este espacio.

Enrique se detuvo en la esquina, tambaleándose como un bolo con el azote del viento. No podía ser. Estaba divagando. Sí era verdad que Julián había inventado el nombre. Pero el apellido había sido cosa suya. No había ningún Raúl Quimera. Todo había sido una broma de chiquillos. Una corazonada le hizo esperar el autobús, que venía vacío. Se bajó apenas tres paradas más allá, subió las escaleras de la casa porque el ascensor, de pronto, le dio miedo. Cuando daba la vuelta a la llave, advirtió que el teléfono estaba sonando. Dudó en atenderlo. Podría ser el teniente coronel, extrañado de que no hubiera llamado aún a casa para comunicar que ya había vuelto. Pero el teniente coronel no llamaba nunca, siempre esperaba a que él lo hiciera, y él lo hacía. Antes de que se pudiera decidir, el teléfono guardó silencio. Enrique recogió los dos cuadernos, bajó las escaleras y hasta que no llegó a la planta baja no vaciló. Le resultaba imposible saber si había echado la llave de la casa, porque hay actos inconscientes que uno no registra adecuadamente como hechos. Eran sólo cuatro pisos, pero no quiso volver. Esperó otro autobús, que se retrasó un buen

rato. Se bajó en la parada que estaba justo enfrente del colegio y cruzó la avenida sin esperar al permiso del semáforo. Un taxi a la carrera le increpó, pero él no respondió al exabrupto.

Entró en el colegio solitario. La luz de la secretaría estaba encendida todavía, como él la había dejado. La alfombrilla de goma que cubría la trampilla de acceso al sótano estaba levantada, como una lengua negra contra los zócalos. La puso bien. Se sentó en su mesa y buscó el libro de actas. Abrió el cuaderno de apuntes de Julián. Comprobó letra por letra, número por número. Y lo comprendió todo.

Era verdad que en los tiempos de la casita baja Julián se iniciaba en los placeres secretos con alguien más. Pero no con Raúl Quimera, porque Raúl Quimera no existía, era el producto de un sueño. Sin embargo, los números que evaluaban a Raúl Quimera en todas las asignaturas, menos en la de francés, eran los mismos números que habían quedado marcados en el cuaderno de su amigo. La letra correspondía a la letra de Julián. Era más que probable que Julián hubiera visto el error del sacerdote y, puesto que tenía acceso a las actas, decidiera completar la broma y crear constancia de un historial académico completo. Por eso Raúl Quimera estaba evaluado en todo. y como no existía, no había venido nunca a recoger su título. Julián, era verdad, se pasaba muchas tardes en la secretaría, ayudando en sus quehaceres a don Eladio, el secretario de la época, aquel notario entrado en años que después acabó en la cárcel por algún fraude inmobiliario, o eso fue lo que se dijo a la prensa. Mucho tiempo después, ya en Madrid, en Gris, delante de Falmy McNamara, Miguel Trillo y García- Alix, Julián le había confesado a Enrique que su pericia amorosa se la debía en buena parte a las caricias de aquel viejo, que había aprendido en su propio cuerpo todo aquello que después repetía en él. Enrique se había sentido un poco desilusionado, aunque ya era tarde para expresar ningún resquemor, porque le habría gustado, francamente, que Julián hubiera descubierto sólo con él las

potencialidades de su cuerpo y no con aquella vieja maricona que a él siempre le había dado tanto asco. Pero era inútil lamentarlo, a lo hecho pecho, y sellaron el secreto revelado con un beso y una raya. Enrique sintió un escalofrío cuando advirtió que estaba sentado ahora en el mismo sillón de don Eladio, que posiblemente antes de que entrara a ocupar este puesto se había discutido, en la dirección, en la asociación de padres, sobre la conveniencia de contratar a otro secretario de sexualidad desviada que pudiera inducir a sus hijos al vicio. En el caos que era su mente en los últimos días, una cosa tuvo clara Enrique en ese instante: no iba a convertirse, como don Eladio, en seductor de adolescentes. Imaginar su cuerpo maduro y abotargado lamiendo como un pulpo un cuerpo casi infantil o llenaba de náuseas, posible impronta marcada por la terapia.

Pero esta era la llave del misterio. A solas en el sótano, rodeados de intimidad y de papeles viejos, la maricona y el muchacho jugaban a humillarse y a adorarse. Julián se dejaba hacer, archivando, aprendiendo. Se sabía apetecible y deseado, su melena inducía a equívocos. Y asomando de su ingle ardía un sexo nervioso, todavía en flor, no contaminado. Y entre saliva y semen, entre regalos y caprichos, Julián había tenido a su alcance las actas del curso, y hasta era posible que hubiera modificado notas propias, y cuando vio que Echeverría había incluido en el registro, sin darse cuenta, a Raúl Quimera, tuvo otro arrebatado de inspiración solitaria y cumplimentó el expediente entero, e incluso solicitó el título para el hijo que había compartido a medias con Enrique.

Pero Raúl Quimera no existía. Había sido una última broma de Julián, antes de marcharse para siempre del colegio. Antes de huir a aquel Madrid donde brillaría como una luciérnaga, para compartir con Enrique cuadros y cuerpos en Manuel Becerra, picotazos de droga adulterada en Malasaña, vasos de alcohol de color verde por San Vicente Ferrer, risas, odios, desplantes y celos. Aun en la muerte, Julián estaba más vivo que Enrique. De su paso por el colegio

quedaban más rastros que los que él dejaba ahora, y eso que había vuelto. A la fuerza sí, pero ni siquiera contra su voluntad, porque su voluntad saltó por la borda aquella noche en el estudio de Chueca, cuando terminó aquel entonces que inició este ahora.

El mar de los anillos de Saturno desapareció en un horror de ultramarinos. Muchos sufrieron un empacho de fracasos, a otros los dispersó el éxito. Y al rumor de muertes por sobredosis, a los bellos cadáveres que se estampaban con las Harleys contra la pesadez de algún seiscientos vino a sumarse un fantasma incorpóreo, un susurro de miedo en la Universal y la Astoria, una plaga moderna que saltó a las primeras planas de los periódicos cuando devoró a Rock Hudson. A la luz de los focos a veces no se notaba que faltaban muchos, porque sus corazones seguían latiendo al compás de una caja de ritmos. Sólo cuando la madrugada se consumía, cuando no quedaban cigarrillos ni heroína que fumar, cuando pasaban los camiones regando las calles se podía llevar la cuenta de los que iban quedando en pie. En Rock Ola apuñalaron a un crío en una pelea entre punkis y mods, cuando un macarra al que ni le iba ni le venía la cosa decidió que quien tenía razón en la disputa era su navaja. Enrique no sabía que hoy en el lugar del Rock Ola habían abierto un bingo.

Imanol había aceptado un improbable papel de policía en televisión; gitano, sí, pero policía al fin y al cabo: tampoco resultaba muy creíble Eusebio Poncela queriéndoselas dar de Pepe Carvalho. Almodóvar hizo números y comprendió qué era lo que había hecho para merecer todo eso, y Antonio cambió sus papeles de maricón libero por los de macho americano. Ellos fueron quienes salieron ganando con el cambio. En casa, el teniente coronel sufrió una embolia y Enrique tuvo que regresar a hacer acto de presencia durante tres meses, y quien sabía si no fue eso lo que lo salvó de la visita de la muerte.

De vuelta a Chueca, Julián se mostró esquivo con él, ensimismado en sus cuadros, en los juegucitos con algún tardío aspirante a

músico, en sumergirse un océano de caballo por las venas. Perdió peso, siguió sin querer compartirse con Enrique, vomitaba a escondidas en los lavabos del Ras y el Casi Casi. En el Nueva Visión lo encontraron inconsciente, y antes de que los análisis de los médicos pudieran corroborar lo que pasaba ya todos averiguaron que tenía el bicho dentro.

Enrique lo cuidó como pudo, vio cómo se le desdibujaba la carne y tras sus ojos se marcaba la calavera que siempre nos acompaña. Jamás perdió el brillo del cabello. Una tarde Enrique bajó a la farmacia y al regresar se lo encontró derecho en mitad del salón, vestido de Dorian Gray neomoderno, el cuello doblado como un cisne arrinconado y la melena rubia cubriéndole el torso como una mortaja de oro. La luz de la lámpara de la que se había colgado crepitó dos veces antes de apagarse, y Enrique luchó en vano por sujetar aquel peso ya muerto, asfixiado a salvo de la maldición de la sigla. A oscuras, loco, ciego, mudo, sordo, a tientas llamó a Julián, quiso descabalarlo del patíbulo que él mismo había escogido, no fue capaz de marcar más de dos números en el teléfono. El mundo de Quimera se había roto por la mitad. Dando tumbos de beodo, inundado de desesperación, como si le hubieran arrancado un trozo de su persona, Enrique apenas atinó a llenar la jeringuilla, a palparse la vena en el antebrazo, a morder con fuerza desesperada la correa de plástico y a clavarse un río de veneno por la arteria, intentando renunciar a todo aquello que ahora lo ahogaba, tratando de saltar al tren en marcha donde ya se había perdido de vista Julián. Cayó de boca en el lavabo, arrastrando consigo el jabón de tocador y la colonia: por eso había vomitado aquella tarde en el colegio; de ese momento procedía la repulsión por el olor a cuarto de baño.

Los encontraron al día siguiente. Julián más cadáver que antes, menos bello, más hediondo. Enrique convertido en un charco de humanidad en el suelo, prisionero de la sobredosis pretendida, pero vivo. Ahí se había acabado todo. El teniente coronel se hizo cargo,

controló periódicos, buscó terapias, reconstruyó pacientemente durante nueve años a un hijo nuevo. En ocasiones, cuando ya no podía soportar la asepsia de los hospitales, Enrique imaginaba que toda su vida posterior había sido un sueño, que estaba cayendo al fondo de un túnel con la jeringuilla prendida del antebrazo, a medias entre la vida y la muerte, siguiendo la estela de Julián. Ojalá todo esto hubiera sido un espejismo, un flash fonvard del que pudiera haberse escapado.

Por algún milagro o capricho de la biología, meses y años de análisis habían podido asegurar que Enrique no llevaba también el bicho dentro. Quizá Julián, sabiendo que envenenaba, lo había esquivado desde el momento en que se supo contaminado. Otra cosa distinta era su mente, destrozada en pedazos, y las dependencias de fuegos y nieves que estremecían su cuerpo. La terapia había sido meticulosa, espectacular en su resultado. Era cierto que habían conseguido rehacerlo de abajo a arriba, que habían creado de la nada a un Enrique nuevo, casi igual que ellos habían creado a partir de cero a Raúl Quimera, de cuya existencia real había llegado a dudar tras haber hallado tantos detalles falsos de su paso.

Sonó el teléfono de su mesa, revolviendo los papeles que tenía desperdigados por el clasificador, haciendo tiritar de susto a los cuadernos. A esta hora cualquiera sabía que la secretaría tenía que estar cerrada. Lo más probable era que fuera una equivocación. Lo atendió justo a tiempo de escuchar que colgaban al otro lado. Miró sin darse cuenta el indicador que le avisaba del número que hacía la llamada. Frunció el ceño. Era uno de los números del propio colegio. Comprobó, antes de colgar, que en efecto no era una llamada desde arriba, pues no era aquel el número de la comunidad. El timbrazo procedía de la conserjería.

Tres puertas más allá Enrique vio a la sombra volverse. Había colgado el teléfono. Sin duda había llamado para comprobar que él estaba allí, como venía haciendo cada vez que lo pillaba en casa. La puerta de la conserjería se abrió, despacio, y tambaleándose la sombra

se hizo más oscura al salir al pasillo vacío. Daba pasos indecisos, como si estuviera a punto de caer, como si le correspondiera a un borracho. Enrique no se movió del sitio. Aunque ningún aire iba a ser capaz de llenar sus pulmones, se afanó por seguir respirando. La sombra se fue acercando, paso a paso, arrastrando los pies, y Enrique no podía apartar los ojos de su avance. Tan sólo una letanía se formó en su mente, etor bedi zure errinua, sin que pudiera controlar lo que significaban las palabras, egin bedi zure naia, porque sin haber visto ningún rasgo, sin haber certificado ninguna presencia supo qué era aquello que venía a su encuentro.

Se detuvo en la puerta, delante del mostrador de mármol. Al otro lado del mundo soplaba el viento. Enrique reconoció el capote manchado de óxido, la capucha del tres cuartos desaparecido días atrás, un pantalón de chandal y una camisa de deportes que nadie había echado todavía en falta. No llevaba zapatillas esta vez, sino dos botas de agua verde oscuro, las mismas que Guillermo o Claudio, el jardinero, usaban para reparar pequeños desperfectos en los desagües o en el tejado. La capucha impedía divisar su rostro, y Enrique quiso creer, barkatu gure zorrak, que era el padre Echeverría que venía a poner tablas a una broma mantenida veinticinco años. Un brazo sin mano le colgaba inerte, junto al tronco, y por dentro de la capucha se adivinaba una gorra de lana azul, una balaclava o un pasamontañas.

Había crecido en todo este tiempo. Ya no tenía por cuerpo una mochila, ni un hatillo de ropas improvisadas para darle esencia. Raúl - Quimera Bonita, su hijo ignorado, su creación abandonada, era más alto, tenía movilidad propia, pero seguía sin vestir a la moda, siempre al apaño. Padre y monstruo se miraron. Enrique no fue capaz de ver ningún ojo entre los pliegues de la ropa; si acaso, el brillo opaco de algo que se le antojó una concha marina. Y entonces Raúl extendió una mano hacia él, no con tono de amenaza, ni siquiera como súplica. La mano estaba compuesta por un guante negro de cuero, quizá ese guante que Echeverría había perdido uno de aquellos días de su

reencuentro.

Entre el guante y la manga del gabán no había carne ni hueso, ni trozos de tela, ni papel, ningún relleno. Sólo vacío. El brazo extendido (porque el otro seguía allí, pegado al cuerpo) abrió la mano, en un gesto inequívoco. Sin saber si estaba despierto o estaba soñando, sin que Raúl tuviera que abrir la boca que no tenía para repetirle soy yo, no te olvides de mí, Enrique siguió con la mirada el destino que señalaba aquella mano. Sobre la mesa, entre los papeles en desorden, se despejó el título de bachiller que nadie había recogido, hasta ahora. Temblando, Enrique lo alzó a la luz. Raúl Quimera asintió. Veinticinco años demasiado tarde, pero había sido evaluado. Veinticinco años retrasado, venía a recoger lo que era suyo.

Enrique tendió el papel amarillo, eta ez gu tentaldira eramán, pero la sombra negó con la cabeza. El título no tenía validez si no venía acompañado por el sello. Localizó el tampón entre el caos de papeles que ensuciaban la mesa, encontró el sello, lo hundió en la esponjilla y marcó con un golpe seco el diploma. Raúl Quimera asintió. Recogió el papel y lo perdió dentro de los pliegues de su ropa, y entregó a Enrique a cambio un papelito amarillento. Enrique se lo quedó en la mano, mientras pensaba baiña atera gaitzazu gaitzetik y sólo entonces se dio cuenta de que había estado rezando el Padrenuestro.

Raúl se dio la vuelta, sibilino como un penitente, y emprendió el camino inverso, pasillo abajo. No hacía ruido al pisar, quizá porque por dentro de aquellas ropas no ocupaba ningún peso. Enrique dejó de temblar, sintió que el sudor frío que le corría por la espalda se detenía. No podía ser. Sólo su hermana pequeña creía en los fantasmas, últimamente. Un atisbo de la racionalidad que nunca había tenido prendió como una tea en su cerebro. Echó a andar detrás de aquel homúnculo que avanzaba, paso a paso, hacia la puerta, arrugándose, descentrándose, hinchándose de nada como un barco que espera el momento de levar anclas. Por más que quiso correr,

Enrique no fue capaz de alcanzarlo.

La puerta de la calle se abrió de par en par, golpeando con sus postigos las paredes de mármol rosa. Raúl Quimera dio un nuevo paso, bajó el primer escalón, se detuvo antes de internarse en segundo. El viento de levante lo recibió alborozado, revoloteó entre sus muslos inexistentes, alborotó los cabellos que allí no estaban. Y justo cuando Enrique alcanzaba también la puerta, cuando extendía la mano hacia la capucha y esperaba desenmascarar la broma del padre Echeverría o de algún alumno, una ráfaga más cálida descompuso la marioneta, y el tres cuartos se vino al suelo, y las botas se desplomaron como dos naipes de un castillo recién iniciado, y la camisa de deportes se arrugó contra sí misma y el gabán del conserje manchó de tinta de multicopista la acera. Sólo el guante de cuero siguió volando, robado por el viento, para esconderse entre risas tras las copas de los árboles. En el lugar de Raúl Quimera no quedó nada más que un reguero de alcanfor. La piel que Enrique y Julián habían hecho en el aire había retornado al aire. Raúl había vuelto a ser una quimera.

Enrique se sentó en los escalones, dejando detrás el pasillo encendido, la puerta abierta. Roto el hechizo, descompuesto muñeco, nada le podía asegurar que eso que había vivido no hubiera sido un sueño. Alucinaciones más espectaculares había tenido en otro tiempo, antes y después de su paso por la terapia, cuando los árboles se habían convertido en barcos piratas y cuerpos de efebo volaba contra un sol castellano antes de difuminarse en un carmín de fuegos de artificio. Él había visto flores trastocarse en calaveras, como gotas de la lluvia se descomponían en una red multicolor de aminoácidos. Y de todas formas, si había recibido la visita de un ser inexistente no le debía extrañar demasiado. Ya sabía, por ejemplo, que algunos escultores jamás terminaban de rematar con un último golpe la creación de sus estatuas, para que no echasen a andar y les reclamasen la vida. Ya sabía, que en otros sitios, las estatuas encadenaban de pies y manos.

De madrugada, un coche patrulla que conducía una mujer policía se detuvo a observarlo, sentado en la puerta del colegio abierto. No se acercó a decirle nada, pero pasó tres veces más antes de que amaneciera. Todo el tiempo Enrique estuvo pensando. Abrió la mano y encontró en ella el papel amarillento que Raúl Quimera le había dejado a cambio del título que de todas formas no había aparecido entre los restos del gabán. Era, claro, el volante que había guardado todos estos años. Enrique observó la letra clara, y la reconoció. Y hasta atisbó en la firma la solución de la broma entera: P. O. Julián Carreño.

Era Julián entonces, decidió. Julián quien había llevado la pantomima hasta el final. Oyó su risa en los ecos del viento, y reconoció la voz que susurraba soy yo, no te olvides de mí. Puestos a creer en fantasmas, prefería pensar que la vuelta a la vida de Raúl Quimera había sido cosa suya, la consecución final de aquel acto que empezó siendo un juego. Porque Julián había muerto por su propia mano, sabiendo que al matarse le estaba regalando a Enrique la vida. Enrique, sin embargo, no había comprendido aquel regalo. Y el teniente coronel aprovechó para labrar en los restos del naufragio que era su vida una personalidad nueva.

Esperó a que amaneciera. Los alumnos que entraban en clase lo encontraron sentado en el mismo lugar, con un papel que se le deshacía en las manos, y un capote raído, y un tres cuartos que nadie quiso reconocer como propio. Cuando sonó el timbre Enrique se levantó, lanzó una piedra contra el reloj y destrozó el cristal, para detener por fin la maquinaria entre este instante infinito y el futuro que obligaba.

Al mediodía, en la playa, frente a un mar eléctrico que sonreía como un niño, empezó a dibujar una sirena con pestañas de virgen de hule, una ondina de párpados de melocotón y boca de ensueño. Lo hizo con trazos firmes y tranquilos, liberados, comenzando desde el centro mismo del lienzo.

Este libro se terminó de imprimir
el día 22 de Enero de 2001,
festividad de San Vicente Mártir,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO